

El Día 0

Nolram



Capítulo 1

El Día Cero

Era otro día normal en la Plaza de Mayo, los obreros están en trabajo arduo, y los estudiantes de la mañana ya estaban saliendo, mientras los recién llegados estudiantes de la tarde ingresan para otro día más de clases. En la catedral, solo se oyen los rubores de la misa y el paso parsimonioso de un obispo con su sotana negra, la estridente maquinaria de las fábricas y de los autos aclimatan al oído, habituado a la ensordecedora ciudad y deja atónitos a los recién llegados.

Los tenderos jugaban al truco, uno pidió un erróneo envido por no entender las señas de su compañero, "Que boludo" fue su respuesta, eso generó discordia total entre los jugadores, el grito de Norberto fue tan ensordecedor por su derrota, que su compañero, fanático de las carreras de caballos, lo mandó a callar a él y a los demás quisquillosos porque no lo dejaban escuchar la carrera, habiéndose jugado las propinas de su clientela, está que se cae de la silla por los nervios.

Los panaderos de un almacén, aprovechando su descanso se tomaban unos amargos, mientras discutían si el que cantaba era o no Carlitos, la calidad de esa radio era terrible y ya habían confundido a otros cantantes con anterioridad, así que ninguno estaba seguro. Hasta que Luis Adalberto, un cocinero ya entrados en sus 40 viejos años de vida encadenada, melómano de pura cepa, escuchó por breves momentos a esa voz borrosa de la radio y determinó que ese era Julio Sosa ¿Por qué? Precisamente porque en esa radio y en ese horario, siempre ponen a dos cantantes, Sofía Bozán o el anterior nombrado y gracias a su fino oído, pudo diferenciar a un hombre, de una mujer en esa inentendible frecuencia de radio. Se preparaban para atender a las señoras, vestidas en tonos grises y marrones con saco, camisa y pantalones de algodón, venían a comprar el pan recién horneado para el almuerzo de los chicos, llenaban sus changuitos con los viveres del día hablando de los chimentos radiales.

A pesar de ser mediodía, el frío estremece a los ciudadanos aún con el Sol irradiando felicidad sobre cada uno, incluso a los obreros, vestidos con sus overoles, algunos con mameluco y gorros. Como también a los niños que van con su guardapolvo blanco, pantalones cortos y media tres cuartos, por algún motivo los niños no pueden usar pantalón largo. Cuando a las 12:40, grupos de aviones sobrevuelan la Casa Rosada como buitres, solo que esta vez no esperaban capturar a una víctima ya muerta. Estaban listos, relamían a una gran presa metida en su nido y no iba a esperar a que salga, los peatones pensaron que aquello era una practica de vuelo o algún espectáculo del ejército, pero el vociferar de la metralla irrumpió en objetar lo contrario, los misiles caían en picada sobre todo lo que tuviera

olor a peronismo e incluso, aquellos que no tienen nada que ver con él, porque el arte del misil es su enajenado don de aniquilar, más no una ejecución limpia, se valoran más los efectos colaterales que el verdadero objetivo. Lo tenderos fueron los primeros en tratar de escapar, dejaban atrás al que se cayese sino estaban a la distancia de un manotazo, mientras que los panaderos se resguardaban tras el mostrador, trayendo a las señoras del brazo para resguardarse, el único que asomó fue Luis Adalberto, por curioso y poco preventivo recibió un impacto directo de una ametralladora 20mm en el pecho, muriendo poco después por los intentos fallidos de sus compañeros, aunque queriendo salvarle la vida, su error fue tratar de buscar la bala, en el proceso hicieron un daño irreparable a sus pulmones, mancharon sus delantales, manos y guantas y el desangramiento fue imparable. Acabó el infierno, aprovecharían, asustados y escurridos en rojo como un paquete de fideos, para acercaron hasta el Hospital Posadas de la Fundación Eva Perón, mismo que estaba repleto de heridos de bala, quemaduras, amputados y alunados desde el final del mediodía.

Cada explosión e impacto de una bala son con el único objetivo de reivindicar los buenos valores perdidos, aunque eso signifique ejecutar gente inocente, o no tanto, si estuvieron allí en ese instante dado, algo habrán hecho, pero aún si no es así, se podría decir que son gajes del oficio. Nada más que el viento y la sevicia darían a una bomba su objetivo a deflagar, por suerte no fue la catedral, Dios es grande y sus designios son inescrutables, aquel temible cilindro en caída libre harto de pólvora dio a parar con un trolebús, repleto de niños del interior del país visitando por primera vez la capital federal, serían recibidos enseñándoles como se zanjarían las disidencias a partir de ahora, la crudeza de lo que es un golpe de estado, terminó con sus vidas antes de que pudiesen llevarse una estampita de recuerdo, pero su trágico destino no pasó al recuento histórico de las tragedias, sino como un detalle encarnizado que nunca jamás será rememorado.

Todos los heridos por quemadura y bala caerían como moscas por las calles, decoraban a la enarbolada bandera nacional, agujereada, todavía se ondeaba débilmente con el viento, pero no tardaría demasiado en descender irremediabilmente, un conventillo de inmigrantes hizo llegarle sus escombros con una onda expansiva, haciendo ver al mástil como un escarbadientes de metal acompañando a su ciudadanía, en alma y forma.

Entre ese infernal paisaje y sin sentido alguno, pasaba un niño con su portafolios en mano, listo para ir a la escuela y que sin miedo cual soldado, cruzaba la avenida mientras los aviones lo rodeaban, en su mente el pensaba que esos aviones estaban allí para matarlo a él, aun creyendo que es el centro de toda esa debacle, decidió seguir firme y sin temor, aunque el miedo estuviese apretándole las sienes. Frenó su caminar, frente a su escuela, tocó el timbre en reiteradas ocasiones pero nadie atendía, se quedó allí por media hora, timbrando

ininterrumpidamente con la esperanza de tomar con prontitud la clase del día de hoy. Rendido frente a la puerta principal se dio la vuelta y regresó con el mismo paso, solo que esta vez tiene a los aviones enfrente y con los edificios totalmente mermados y derrumbados, envueltos en humo y fuego. Tuvo una gran suerte de no morir ese día, no hubo bala loca, ni escombro volador, que tumbase a ese infante con la gomina hasta en las patillas en esa tarde de invierno.

Volvió a su casa a aquello de las 13:00 más o menos, se quitó el guardapolvo y lo colgó en la silla para comer el almuerzo de su madre, una gran cocinera. Pero la comida sabía a nada, era como comer papel, el pan, solo era cartón con miga y aunque queriéndose quitar la sensación áspera del mismo, no sentía el fluir del agua por su garganta. Su papá le mandó a la escuela sin saber lo que iba a ocurrir, tal vez la vida o un superior al mando del universo lo puso ahí, para que fuera espectador de semejante atrocidad, pero si así fuera ¿Por qué darle tal castigo? Hubiera sido mejor dejarlo en casa con algún resfrío y que escuche todo el espectáculo por la radio, como seguramente hicieron muchos. En ese momento él no lo sabía pero, su inocencia iba desvaneciéndose cada vez más con los pasos que dio para ir y desapareció con los de vuelta.

Los aviones seguían sonando y aturdían los disparos y explosiones, una mezcla perfecta de sufrimiento y dolor enlatado para toda la ciudadanía, que si todavía le quedaban dudas, esto solo era la mínima expresión de lo que se hará para solucionar cada conflicto, abierto por los cabecitas negras que han tomado este honorable país bajo sus ruines pretenciones. Pero nadie sabía realmente que estaba pasando, solo preservar la vida y en el mejor de los casos hablar de ello, la conciencia de lo ocurrido tardaría unos veintinueve años en llegar.

"Papá está muerto" es exactamente lo que pensó, aunque no se lo notase preocupado, estaba esperando que en cualquier momento entrase por aquella puerta y le hubiera traído algún caramelo, al fin y al cabo, él lo había mandado a la escuela ¿Estaba en el trabajo o bajó los escombros de lo que alguna vez fue? Un niño, no vería más allá de lo que le podría pasar a él, pero ese ya no era un niño, forzosamente se fue transformando en un hombre y borrando de su cabeza como se sentía la tierna infancia.

Ni una lágrima cayó de sus ojos aunque le hubiera servido, su desahogo nunca llegaría. Estaría sumido en una guerra eterna en la que no fue obligado a entrar y de la que nadie podría sacarlo. Se fueron a casa de la abuela por ciertas calles alejadas del conflicto, cubriéndose con las paredes de las esquinas para ver que todo estuviera bien por allí, tomaron un mate cocido con unas facturas mientras los aviones seguían rondando el cielo, se lograban ver desde la azotea como botaban el lastre mortal hacia los edificios, su mamá asustada hablaba con la abuela sobre todo lo acontecido, sin olvidarse la buena dosis de chismes, parecía que el herrero de la otra manzana, Don Armando estaba escapándose al prostíbulo por

las tardes a espaldas de su esposa María Juana, la costurera a la que recurrían cuando el asunto se salía de sus manos, y tenía que ser muy peliagudo para que juntas no pudieran solucionarlo.

Mientras, el niño estaba elevado en la azotea, protegiéndose atrás de un muro y agarrando un palo de escoba, como en esas películas western que veía cuando se escabullía de la escuela para ir al cine, eran mil contra un vaquero, el tenía un solo rifle para defenderse frente al siempre numeroso ejército de indios, aunque siempre haya sido al revés y no encontraría mejor analogía, hasta que entrados los 60', Sergio Leone hizo una película con un hombre sin nombre. Disparaba a los aviones con su rifle rústico, pensó como estaría su padre mientras "derribaba" uno con un disparo en su hélicem, esperaba que estuviese bien, es un tipo fuerte y rudo, pese a sentirse necesitado de que él entrase como si nada a la casa, tan tranquilo como siempre, si se moría se moría, allea acta est leyó de un héroe para él, Julio César, dictador romano.

Se hacía la tarde y ya había parado el conflicto así que arrancaron para casa, igual y la idea era estar con la familia y ayudarse mutuamente, o la de morir todos juntitos en el mismo nicho. En casa a su hermano se le ocurriría hacer una broma, con una zanahoria mimetizaba a los conejos, para su madre era muy entretenido, para él, ser un completo chupa medias.

Volvió a cumplirse el ciclo natural, otra vez era de noche, pero no podía dormir en la madrugada, su madre, estaba sentada en la cocina preocupada y con la esperanza de que su marido entraría por la puerta. "Él es ciego", pensaba ella, cómo iba a volver a su casa si apenas podría reconocer el camino, ella ignoraba que su marido, en realidad, era casi ciego de un solo lóbulo ocular, el derecho para ser exacto, con el derecho podía ver relativamente bien, substituía la visión tocando las paredes y memorizando las hendiduras, texturas y formas para llegar a cada lugar. Se hacen las 3:30 y se podían escuchar sus firmes y característicos pasos.

Estaba callado, taciturno, incluso fuera de sí, pero mantenía esa actitud reacia de guapo, de nunca sentir miedo y si lo sintiese, nunca mostrarlo, esas cosas son solo para los cobardes y los maricas y él no era ni una ni otra. El que se le plantase iba al piso, una vez un cliente en el negocio que había montado le dijo "Confío en usted, tiene palabra de inglés" y no le faltó mano para casi volarle los dientes por semejante insulto, aún no sabiendo totalmente porque, llegando a primero o segundo de primaria le habrán enseñado de las invasiones inglesas y le quedó aquello en su cabeza. Saludó a sus hijos que ya estaban dormidos, aunque el hijo mayor ese día no descansaría, cerró la puerta del cuarto y se fue a dormir, no sin antes quitarse el overol y dejarlo para lavarlo mañana por la mañana, inusual en su generación ser el hombre quien lavase su propia ropa. El pequeño niño se volvió a acostar luego de abrazar a

papá, mañana sería un día más en su vida, sin saber bien porqué.

Se sentían como las 27:40 PM del 16 de Junio de 1955. Una densa niebla se levanta en la Ciudad de Buenos Aires, mezclada con el vaho de la pólvora y restos humanos que serían reconocidos por algunos como sus familiares, pero los muertos siempre se van. Con el pasar de los años, algunos nunca salieron de ella y volverán incontables veces, en cada breve momento donde busquen descanso.